

Giuliano Vignini

El párroco del mundo

El papa Francisco
y los nuevos caminos de la Iglesia

Los inicios

Premisa

Dando un paso atrás

En el gran cabaret de la sociedad –espectáculo que está en cartelera actualmente en todos los campos–, el mundo de la información se encuentra entre los protagonistas principales y, en este ámbito, también la información religiosa realiza con gusto su papel. Una elocuente confirmación de esto se dio el día de la dimisión de Benedicto XVI y después en las crónicas sobre la elección del nuevo Papa. Muchos servicios informativos, fueron como una calesita de polémicas y acusaciones, en la que los escándalos y las luchas de poder que se gritaban en primera página, o señalaban con el dedo objetivos muy precisos tachándolos de desestabilizantes, generando la impresión de que el gobierno de la Iglesia es –como diría Muriac– una especie de «nido de víboras» que se debe limpiar lo más pronto posible y con métodos drásticos. Es más, leyendo cierta prensa, aparece un enredo de intrigas tan ramificado que hace palidecer a los fraudulentos en la obra de Dante. En el mejor de los casos negativos, se han cambiado los chismes por, el «se dice» o juicios superficiales, dejando detrás de las palabras una huella de vergüenza y confusión.

Probablemente, el problema de fondo es que, cuando se habla de Iglesia, se tiende frecuentemente a considerarla como una institución puramente humana, idéntica a todas las demás, aunque sea antigua y grande, y se olvida completamente el origen de su misión. Se dice esto, no porque no se debe considerar que quienes presiden sus estructuras y funciones son hombres que manifiestan debilidad y que con sus comportamientos pueden ofuscar o desfigurar su rostro y su imagen.

Pero si no se entra en la óptica de la roca sobre la cual se funda, que es Cristo mismo y que quien la guía es el Espíritu

Santo, garante de su actuar y de su permanencia en el tiempo, más allá de los límites y las fragilidades de los hombres que forman parte de ella, la rueda de las palabras gira en el vacío y se termina por no comprender nada de la realidad profunda de la Iglesia.

Estas consideraciones se enlazan también a todo el círculo mediático que en las semanas precedentes al Cónclave ha envuelto la elección del nuevo pontífice.

Se hicieron previsiones, repasando nacionalidades, edad de los candidatos, relaciones de fuerza, pertenencia eclesial, experiencia diplomática, conocimiento de los idiomas, orientación geopolítica.

Pero lo que más importaba, y que fue dejado al margen, es el perfil espiritual y pastoral de la persona que debía ser llamada para gobernar y guiar la Iglesia, es decir quién podía representarla del mejor modo en el mundo de hoy, teniendo dotes y características personales idóneas para dar continuidad y vigor al mensaje antiguo. La misión fundamental de la Iglesia, de hecho, permanece igual, pero son las personas, en cualquier nivel de responsabilidad o de función, que hacen la diferencia en la credibilidad y la fuerza del testimonio: comenzando por el grado de pureza y generosidad con las que, olvidándose de sí mismos, viven el Evangelio y sirven al hombre de hoy y de siempre.

Finalmente fue elegido, sorprendentemente, el papa Francisco y, en el asombro del mundo, algo improvisamente había cambiado. Los ojos, fijos sobre sus primeros mensajes y los signos visibles de su nuevo estilo de pastoral, han podido constatar cómo también la elección de un

Papa es una experiencia de fe.

Sustancialmente se ha visto lo que cuenta realmente para la Iglesia, y el Papa, con sus gestos y sus palabras, lo ha demostrado.

Como obispo de Roma, ha seguido siendo y actuando como cuando estaba en Buenos Aires –solo que con horizontes, responsabilidades y problemas más grandes–, el Papa ha querido dar una imagen de sí mismo que corresponde a su ideal sacerdotal: la del «Buen pastor», que no solo va a buscar a las ovejas de su rebaño, sino que opta por mezclarse con ellas, asumiendo –como suele decir– su «olor»¹. La unción sacerdotal vale en la medida en la que no sirve para perfumarse a sí mismos o para ser conservada en un frasco, más bien para perfumar con el «óleo de la alegría» a los hermanos que lo piden a los sacerdotes, pues ellos son mediadores entre Dios y los hombres².

Esto que ha indicado el papa Francisco es más que una recomendación. Es el testimonio del camino de la Iglesia que él nos invita a recorrer juntos.

La herencia de Benedicto XVI

El inicio del pontificado del Papa

Francisco es una etapa con un signo nuevo en la vida de la Iglesia de nuestro tiempo. Esto no significa que la herencia de los papas que lo han precedido pase a segundo plano y, particularmente, que el rico Magisterio de Benedicto XVI no deje de provocar una resonancia profunda.

Es más, este representa para el Papa

Francisco una estrella fija destinada a orientar, en los fundamentos de la fe, también su camino.

Entre tantas enseñanzas que Benedicto

XVI ha dejado³, en primer lugar está el esfuerzo asiduo por afirmar el primado de Dios en la vida. Su tan sentida denuncia de la dramática confusión a la que han llegado las sociedades occidentales –incluso las de antigua tradición cristiana– nace de la constatación de que estas han sacado o marginado la conciencia de este primado. En su línea de pensamiento, este olvido de Dios es lo que ha provocado un conjunto de fenómenos que tienen diversos nombres: el secularismo rampante, la dictadura del relativismo, la desertificación ética y espiritual, la fractura radical entre Evangelio y cultura, la obstinada cerrazón de la ciencia y de la mentalidad moderna a la racionalidad de la fe... se trata por tanto de descubrir o redescubrir que la fe es el inicio de todo, porque esta alimenta la esperanza, genera el amor, y es signo de una vida buena y feliz para los individuos y, en la sociedad de bien, justicia y paz para todos.

Esta fe –y este es otro punto subrayado constantemente por Benedicto XVI– no es una fe abstracta, que manifiesta un

Dios lejano e inaccesible, sino una fe viva y operante, pues está radicada en Dios que se hizo carne, en Cristo que vino a habitar entre los hombres, con quien el creyente establece una relación íntima, en el encuentro personal y en la comunión de la Iglesia.

Jesús no es un personaje que se estudia como un descubrimiento histórico, pues es el Cristo muerto y resucitado que perpetúa su presencia, a través de la comunidad eucarística que es la Iglesia, en el hoy del hombre y del mundo. La belleza y la alegría de fe nacen de esta inagotable presencia, que es una realidad de amor (*Deus caritas est*, 2005), horizonte de esperanza (*Spe salvi*, 2007), testimonio de verdad (*Caritas in veritate*, 2009).

A todos aquellos que están en la Iglesia y la aman, Benedicto XVI les ha pedido entrar en esta dinámica de fe, en la que no cuenta lo que se es o el puesto que se ocupa, sino

solamente la humildad con la que, saliendo de sí mismos, del propio egoísmo, de las propias ambiciones, se sirve con generosidad al Señor. A partir de la conciencia de que no son los hombres, muchas veces débiles e incoherentes, quienes dirigen la Iglesia, sino Cristo mismo, con su amor misericordioso y fiel, y el Espíritu Santo que los guía, transformándolos y renovándolos en la caridad.

Esta fe puesta al centro es el principal testimonio que Benedicto XVI ha dejado a la Iglesia y la ha indicado como presupuesto para que pueda ser más pura y fiel a la propia misión. Una Iglesia que se renueva interiormente para ser cada vez más creíble al evangelizar el mundo.

ÍNDICE

Premisa.....	3
La herencia de Benedicto XVI.....	9
En el signo de san Francisco.....	15
Siguiendo el método de san Ignacio.....	27
Bajo la protección de santa Teresa.....	37
Por una Iglesia en camino.....	47
La esencia del cristianismo.....	63
Cronología esencial de la vida.....	71
Bibliografía.....	75
Anexo.....	76